

10. La vida común también se transmite

Hay un aspecto de la vida común cristiana y monástica cuyo valor quizás se ha descuidado, especialmente ante el espectáculo de tantas "nuevas comunidades" que han surgido en las últimas décadas. Se trata del hecho de que la vida común, el convivir cristiano y monástico, es por sí misma una transmisión, es objeto de una transmisión, y es, a su vez, transmitida. Y sólo perdura en la medida en que se recibe tal como transmitida.

Hay una crisis profunda y generalizada a este respecto. El agotamiento de las viejas comunidades, la forma en que han nacido muchas nuevas experiencias de vida común, también llamadas monásticas, han difundido el sentimiento de que siempre hay que reinventar una vida comunitaria viva y fresca, que atraiga a los jóvenes.

San Benito nunca se considera inventor de una nueva forma de vida monástica. Él obedece humildemente al Espíritu que lo envía para revitalizar un don que ya ha sido dado antes de él, y que tampoco es el primero en renovar. También recibe y transmite.

El último capítulo de la Regla expresa esta humilde concepción que San Benito tiene de su propio carisma. Su preocupación es transmitir un don que la Iglesia ha recibido de Cristo y que, como una llama, se transmite de generación en generación, a través de los apóstoles, los padres del desierto, Basilio, Casiano, Agustín, el autor de la Regla del Maestro, etc. Ciertamente, hay momentos en que esta llama parece haberse extinguido. Hay que encontrarla de nuevo como el fuego sagrado del Segundo Libro de los Mártires de Israel, ese fuego que se ha convertido en un líquido espeso que el sol hace inflamarse de nuevo (cf. 2 Mac 1,19-22). En la época de Benito parece que la llama sólo es transmitida por monjes que viven en soledad, como el monje Romano que el joven Benito encuentra en las montañas, casi de forma casual. Pero siempre hay una transmisión que nos lleva al origen del cristianismo, un origen que no reside tanto en un pasado histórico, sino en el fondo de la memoria de la Iglesia, de la Esposa que está unida al Esposo eterno que siempre está presente.

Hay sobre todo un aspecto esencial de la experiencia cristiana que vale la pena destacar aquí. La comunión de los discípulos de Cristo, su vivir juntos, es la sustancia misma de la transmisión del acontecimiento de Cristo, de la salvación en Cristo, de la plenitud de la revelación al mundo del Dios Trinidad. No hay transmisión de Cristo y salvación en Él sin la Iglesia, sin la comunidad cristiana, sin el Pueblo de Dios que es el Cuerpo de Cristo.

La Iglesia es transmisión del Hijo de Dios enviado por el Padre para salvar al mundo. El Espíritu Santo lleva a cabo esta misión de la Iglesia desde Pentecostés para encarnar la misión de Cristo.

Comprender esto es esencial para entender el valor de la vida de comunión que se nos ofrece y se nos exige para seguir nuestra vocación, para vivir nuestro carisma. Y cada carisma en la Iglesia tiene siempre esta dimensión, esta exigencia. Ni siquiera un ermitaño puede vivir su vocación si no se siente parte del cuerpo eclesial, del Cuerpo de Cristo.

San Benito expresa claramente esta visión de la vida eremítica en el Capítulo I de la Regla. "Formados por una larga prueba en el monasterio, aprendieron, gracias al apoyo de muchos hermanos, a luchar contra el diablo. Bien entrenados en las filas de sus hermanos, se encuentran ya capacitados para el combate solitario del desierto" (RB 1,3-5).

Se podría pensar que el ermitaño pasa a un nivel superior al de la comunión fraterna, como si la vida fraterna sólo sirviera para preparar a un estado de soledad, ideal y más santo. Pero fijémonos que en la vida fraterna el ermitaño ha aprendido a luchar contra el diablo, "*contra diabolum... pugnare*" (1,4). Es contra el "divisor" contra el que luchamos en la vida fraterna. Ahora bien, si el ermitaño está maduro para luchar solo contra quien divide, quien crea división, significa que también está maduro para vivir en soledad una profunda y sólida comunión fraterna, no sólo con los hermanos del monasterio que ha dejado, sino también con todos los miembros de la Iglesia y con toda la humanidad.

Cristo quiere "conducirnos a todos juntos a la vida eterna" (cf. RB 72,12), incluso a los ermitaños, incluso a los que viven de una manera u otra, por elección o por obligación, en soledad. Y esto es precisamente porque es la comunión la que transmite la misión del Salvador a lo largo de la historia hasta el fin del mundo.

Jesús expresa esto en el momento de la Última Cena, especialmente al inicio y al final.

En primer lugar en la escena del lavatorio de los pies en Juan 13. Esta página está recorrida por un fuerte sentido de transmisión. Juan insiste en que lo que Jesús hace y dice, lo hace con la conciencia de ser enviado por el Padre para volver a Él habiendo cumplido Su misión:

"Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo. Mientras cenaban, (...) Jesús, sabiendo que el Padre había puesto todo en sus manos, que venía de Dios y a Dios volvía..." (Jn 13,1-3).

Pero es el mismo acto de lavar los pies el que Jesús quiere transmitir a los discípulos para que puedan transmitirlo viviéndolo entre ellos: "¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamáis 'el Maestro' y 'el Señor', y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Maestro y el Señor, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros: os he dado ejemplo para que lo que yo he hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis. En verdad, en verdad os digo: el criado no es más que su amo, ni el enviado es más que el que lo envía. Pues que sabéis esto, dichosos vosotros si lo ponéis en práctica'" (Jn 13,12-17).

Lo que Jesús quiere que transmitan sus discípulos, con la humilde fidelidad del siervo y del enviado, que no pretende transmitir más o mejor, sino lo que recibe de su dueño que lo envía, es la comunión fraterna cuya fuerza regeneradora es la humildad, el humilde servicio mutuo.